SAN AGUSTÍN , EVANGELIZADOR Y PRIMER ARZOBISPO DE CANTERBURY (+604)

Agustín, monje romano, entra en la historia cuando en el año 596, siendo prior de San Andrea al Celio, el papa Gregorio Magno lo nombra jefe de una misión de una cuarentena de monjes para llevar a Inglaterra la fe cristiana. La consistencia del grupo, la preocupación por garantizarse la protección y el apoyo, a lo largo del camino, del arzobispo de Arles, Eterio, y el reclutamiento de intérpretes francos para resolver los problemas de la lengua, revelan la seriedad del intento y la amplitud de los objetivos.

El comienzo no es prometedor: Agustín no ha recorrido aún una tercera parte del viaje cuando, en Aix-en-Provence, asustado por la perspectiva de encontrar a un pueblo bárbaro y fiero, decide regresar. El aliento del Papa le induce a reintentar la empresa, y en la Pascua del 597 desembarca con todo el grupo en la isla de Thanet, frente a las costas de Kent, que podían vadearse. Reina en Kent, en un territorio mucho más vasto que el condado actual, Etelberto. El rey, pagano, se había casado con una princesa franca cristiana, Berta, que se le había concedido a condición de que le diera la libertad de practicar su fe. La acompañaba y ayudaba el obispo Liudardo. El rey acoge bien a la misión romana. La vida de la comunidad es descrita por Beda en términos clásicos: queriendo emular a la Iglesia de los apóstoles, los monjes romanos rezan con constancia, hacen vigilias y ayunos, predican la palabra evangélica a cuantos abordan y, sobre todo, practican aquello que predican.



Muchos paganos, fascinados por estos ejemplos, piden el bautismo. Se forma así una comunidad que asume como lugar de culto una vieja iglesia situada al este de la ciudad, dedicada a san Martín, donde solía rezar la reina. Sólo tras la conversión del rey, Agustín podrá restaurar iglesias y construir otras nuevas. Visto el éxito de la misión, Agustín, como había sido previsto, es consagrado arzobispo de la nación inglesa por Eterio, arzobispo de Arles, y fija su sede en la capital, Canterbury. Envía después a Roma al sacerdote Lorenzo, que será su sucesor, y al monje Pedro para informar a Gregorio sobre los resultados de la expedición, y someterle algunas cuestiones de carácter moral y disciplinario.

Para premiar un esfuerzo que daba tan buenos resultados, en el 601 el Papa envía a Agustín el palio, y a fin de respaldar una actividad tan prometedora manda al mismo tiempo a Inglaterra una segunda expedición: entre estos monjes se encuentran Paulino, Melito y Justo, que llegarán respectivamente a ocupar los obispados de York, Londres y Rochester. Es siempre Beda el que nos refiere cuán solícita era Roma con esta avanzada británica: con los sacerdotes y monjes llegan a Kent vasos sagrados, sabanillas de altar, ornamentos para las iglesias, paramentos sacerdotales, reliquias de los apóstoles y de los mártires, y muchos libros. Gregario traza también un plan de expansión organizado en torno a las dos sedes metropolitanas, Canterbury y York, con doce diócesis sufragáneas cada una, a condición en cualquier caso de que York permanezca subordinada a Canterbury. Merecen destacarse, a propósito de estrategia pastoral, los consejos con que Gregorio acompaña la partida del abad Melito para Inglaterra, que en su tono recuerdan la «discreción» que empapa las respuestas dadas a las nueve cuestiones de Agustín: destruir los ídolos, pero no sus templos; transformar los sacrificios de animales en banquetes con los que celebrar las fiestas de los mártires, porque «es ciertamente imposible desarraigar de un solo golpe todos los errores de una mente obstinada» (Hist. eccl., 1,30).

En la obra de consolidación de la comunidad figuran también los trabajos edilicios. En medio de tantos éxitos, un capítulo registra en cambio una derrota: es la tentativa, fracasada, de establecer una relación unitaria con los obispos británicos que guiaban a los cristianos de la parte occidental de la isla. El problema era el diferente modo de computar la fecha de la Pascua, además de otras costumbres no precisadas del todo. Para intentar que se alinearan a los usos romanos, Agustín los convoca a un primer encuentro, donde el tema no es sólo el de uniformar las costumbres, sino también el de adquirir un compromiso común para la evangelización de los paganos. A pesar de que Agustín demuestra sus razones curando a un ciego, los obispos no aceptan, piden tiempo para consultar a su gente y la convocación de una segunda asamblea, que nuevamente terminaría sin éxito.

Antes de morir Agustín se asegura la sucesión y un mínimo de organización de las comunidades fundadas por él en Kent: en el 604 consagra a Lorenzo como sucesor suyo, a Melito obispo de Londres y a Justo obispo de Rochester. Este mismo año, el 26 de mayo, llega al término de su vida. Su cuerpo es provisionalmente colocado fuera de la iglesia de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, todavía en fase de construcción, adonde será después trasladado al terminar los trabajos. Sobre su tumba se colocó este epitafio: «Aquí descansa Agustín, primer arzobispo de Canterbury, que enviado aquí por el beato Gregorio, Pontífice de la Ciudad de Roma, y sostenido por Dios con milagros, condujo al rey Etelberto y a su pueblo del culto de los ídolos a la fe de Cristo. Terminó en paz los días de su ministerio, y murió el 26 de mayo, durante el reinado del susodicho rey».

(Texto de D. Pezzini)

Oración : Oh, Dios, que por la predicación del obispo san Agustín de Canterbury llevaste a los pueblos de Inglaterra al Evangelio, te pedimos que los frutos de sus trabajos permanezcan en tu Iglesia con perenne fecundidad.

Composición, Manuel Longa Pérez